



# Nieto

de artista

Agustín Gigli







# Nieto de artista

Agustín Gigli

## **Gigli, Agustín**

Nieto de artista / Agustín Gigli ; Comentarios de Georgina Gluzman ; Ilustrado por Lorenzo Gigli ; Lorenzo Gigli ; María Teresa Valeiras. - 1a ed. - Esquel : Agustín Gigli, 2025.

98 p. : il. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-631-01-2648-7

1. Arte. 2. Pintura. 3. Esculturas. I. Gluzman, Georgina, com. II. Gigli, Lorenzo, ilus. III. Gigli, Lorenzo, ilus. IV. Valeiras, María Teresa, ilus. V. Título.

CDD 709

Imagen de tapa: Isabel y Agustín Gigli en la exposición de Lorenzo Gigli *Retrospectiva*, Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires. 1972.

Obras: Hermanos y Crepúsculo.

Fuente: diario La Prensa, 20 de agosto de 1972.

Imagen en retirada de tapa: Familia. Óleo, 1927. Colección del museo Castagnino-Macro de Rosario.

Imagen en retirada de contratapa: Campesinos descansando. Óleo, 1928.

*Quiero agradecer a Ludmila,  
Ladislao y Octavio por el tiempo  
que les quité para la tarea de  
recordar y revalorizar a Lorenzo.*



Cuando murió mi papá, sus cuatro hijos heredamos, además de una colección de cuadros y esculturas, una tarea que él desarrolló toda su vida: difundir la actuación artística de mi abuelo, el pintor Lorenzo Gigli. Una tarea para la cual yo no había sido preparado.

Tomo esta herencia con cierta premura. Considero que ese valor sentimental que le otorgo a las obras y al trabajo que hizo mi abuelo, difícilmente sea trasladado a mis propios hijos. Así como lo que hizo mi padre, Lorenzo A. L. Gigli, tuvo cierta continuidad en sus hijos, no sé si lo tendrá, ni si quiero que lo tenga,

en la nueva generación. No es mi intención. La “inmortalidad” que muchos artistas creen que obtendrán a partir de sus obras no puede volverse una carga para sus descendientes. Yo tomo esta tarea por el afecto que tengo por quien conocí.

Empecé digitalizando el gran archivo que construyó mi padre, que incluye fichas, catálogos, artículos de revistas y periódicos, fotografías personales y de exposiciones. Y al mismo tiempo fui volcando todo en una base de datos que está disponible en internet<sup>1</sup>. No me detuve en esto y fui realizando búsquedas en internet y en las bibliotecas y archivos de museos. Me contacté con todos los museos que poseen obras y que afortunadamente mi padre supo listar en los catálogos. A muchos los visité personalmente. De a poco, en unos pocos años, llegué a tener unas setecientas obras catalogadas. “*Mis obras son cerca de seiscientas y están en un ochenta por ciento en esta casa*”, le dijo mi abuelo a la revista Gente en 1973.

---

1 Ver <http://lorenzogigli.org>

Con este trabajo fui adquiriendo algunos conocimientos que mi educación formal, lejana al ámbito artístico, no me dio. Y también anécdotas que se suman a las que a lo largo de mi infancia pude compartir con mi abuelo. Vuelco acá algunas de estas situaciones, vinculadas a algunas de las obras. Imagino y recuerdo. Si bien son esencialmente veraces, no busco en los textos una verdad histórica. Pretendo seguir difundiendo la obra artística de Lorenzo Gigli en una forma que pueda llegar a otro público, diferente quizás de aquel que concurre a una muestra tradicional y que por cierto, es tan difícil de organizar. Acompaño mis propios textos con imágenes de pinturas, grabados y esculturas, a partir de una selección que realicé pura y exclusivamente a partir de estas historias. Las obras seleccionadas no son las que un curador experto elegiría para una muestra retrospectiva. No reflejan el recorrido completo que hizo como artista. Son aquellas de las que yo tengo algo para decir y que pueda resultar interesante de leer. Son 12 obras con 12 textos (y una *yapa*) que perfectamente pueden

aumentar a lo largo del gratificante proceso de recordar y de seguir recopilando vivencias, propias y de las obras.

A lo largo de los textos aparecen muchas personas. Amigos, parientes, profesionales, dueños de obras. Los menciono al pasar, sabiendo que puede generar confusión no saber quiénes son. Porque no importa saber quiénes son. Lo importante son las obras y sus vivencias, que siempre están ligadas a las personas.

Agustín Gigli  
Diciembre de 2025

# Mérida

Hablar de Mérida requiere una desambiguación, como solicita Wikipedia al buscar a mi abuelo. Para mí, Mérida es una ciudad de México. Simplemente porque cuando era joven, junto a mi familia, estuvimos un día rumbo a las pirámides de Yucatán. Es una ciudad grande, de más de 900.000 habitantes. Está bien que cuando me hablen de Mérida piense en Yucatán.

Pero también podría pensar en Mérida, España. Aunque mucho más chica, seguramente es la que le dio origen al nombre de la mexicana. O a la venezolana o la filipina.

La Mérida de Venezuela tiene también una relación conmigo. Hace mucho tiempo, a comienzos de la década del 60, mi tía Adelaida estuvo un cierto tiempo, indeterminado para mí, viviendo allá. En Mérida, Adelaida descubrió la cerámica. Mi abuelo diría “un arte menor”.

Pero en Mérida de Venezuela vive gente y suceden cosas. Hace un tiempo, murieron los padres de Mauricio. Seguramente Mauricio tuvo que hacer lo que muchos integrantes de las familias de clase media, intelectuales, tienen que hacer: desarmar una casa llena de historias y objetos. Mauricio y sus hermanos se vieron herederos de un cuadro que lo vieron durante más de 50 años colgado en la pared. Quizás dijo algo como *el gusto del papi era terrible, no entiendo por qué tenía este cuadro colgado ahí, no son más que puras manchas azuladas y ocre*. Buscando entender al padre, Mauricio buscó información sobre el autor. Por suerte, el artista había tenido la precaución de escribir su nombre completo en la parte de atrás del cuadro, junto a una ficha de autentica-

ción firmada por él mismo: Lorenzo Gigli. Mauricio buscó información y encontró la base de datos que su nieto, yo, mantiene en internet. Ningún cuadro se parece al cuadro del padre. ¿Lo estafaron? ¿Hay otro Lorenzo Gigli, también artista, eclipsado en internet por la poca información que hay de Lorenzo Gigli?

Mauricio hizo lo que yo quería que haga. Tomó la dirección del correo electrónico que figura en el sitio y me escribió. Me explica que su padre había estudiado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, al mismo tiempo que lo hacía Adelaida, observo yo. Aunque las casualidades existen, casi que con eso sólo me convengo que sí era un Lorenzo Gigli original. Desde que se graduó, el padre trabajó en la Universidad de Los Andes, la misma a la que había ido a trabajar Viñas, el esposo de Adelaida y por lo cual ella también fue. No hay casualidad. El papá de Mauricio y Adelaida se conocían desde la época de estudiantes.

Mauricio se olvidó, como nos suele pasar a todos, de adjuntar las imágenes que había tomado del cua-

dro. Y le contesté antes de ver que inmediatamente me las había mandado en otro correo que ya estaba en mi casilla. Yo ya estaba convencido. O se llevó el cuadro desde Buenos Aires o lo llevó Adelaida para agradecerle o para venderlo y tener plata para poder comprar el pasaje de vuelta.

Pero la duda de Mauricio seguía sin resolverse. ¿Será el primer y único cuadro abstracto que conozco que haya hecho mi abuelo? Tengo más de setecientas obras en la base de datos y ninguna se podría considerar abstracta. Mauricio lo entendió y por eso me consultó. Él tenía un Gigli, y su padre lo tuvo durante más de 50 años, y no había ninguna imagen figurativa.

*¿Y cómo lo cuelgo?* Preguntó, me imagino, el inexperto padre de Mauricio. *Le ponés dos clavitos, los unís con un alambre y listo,* le contestó Adelaida, me imagino. *No lo cuelgues,* le hubiera respondido Viñas, me imagino.

Nadie le dijo al padre ni a la madre de Mauricio, ni yo pude decirle a él, que el cuadro era más alto

que ancho, que era vertical, que entre manchas azuladas y ocres, una gacela se estaba levantando y por eso en el reverso del cuadro el artista escribió Despertar.





**Despertar**

Óleo

~1950



# Maternidad rural en Venecia

No me imagino ningún escenario donde conocer a Mussolini sea bueno.

En el año 1926 mi abuelo volvió a Recanati, el pueblo donde había nacido treinta años antes. Estaba recién casado con María Teresa Valeiras, mi abuela. En Recanati pintó más de cien cuadros en los 3 o 4 años que estuvo ahí.

En 1928 participó de la Bienal de Venecia. Seguramente fue en ese momento que lo invitaron a participar de la siguiente, la del año 30. La Bienal era un

evento majestuoso, abierto a los ojos del mundo. Mussolini lo sabía y desde el 30 pasó a ser parte de su propaganda política.

Mi abuelo debe haber estado pintando especialmente para la Bienal. No pudo habérselo tomado a la ligera. En una carta a Recanati escribió *l'ispirazione non esiste. Esiste, invece, il lavoro costante. O forse esiste, ma come una piccola luce... tutto il resto dobbiamo farlo noi.*<sup>2</sup>

Presentó Maternidad rural y La familia del artista. Maternidad rural es una mujer dentro de su casa, con un bebé en brazos. Está por darle un baño con el agua tibia de una palangana de hojalata. El perro de la casa mira el campo por la puerta abierta. En el campo está el siempre presente *pagliaio*, ese pajar que hoy es reemplazado por fardos cilíndricos mecanizados sin personalidad. La mujer no es mi abuela ni el bebé mi tía. Quizás le influenció el hecho de que

---

2 La inspiración no existe. Existe, en cambio, el trabajo constante. O quizás existe, pero como una pequeña luz... todo el resto debemos hacerlo nosotros. Carta a Mario Sargoni del 12/4/1972. Citada en Lorenzo Gigli *L'uomo e il pittore*, Arturo Capodaglio.

en ese período nació su primera hija. Pero a pesar de que pintó numerosas veces a ambas, no están en esta Maternidad Rural. Estuvo colgada en la Sala 3.

*¿Benito le tuvieron que poner?* Le dijo Florinda, mi profesora de italiano, a una madre primeriza. En Italia y en Argentina los nombres tienen significados distintos. No se si el bebé de la Maternidad tiene nombre, pero no creo que fuera Benito.

Nunca vi y nunca veré ninguno de estos cuadros. Por algún motivo que no conozco, en las fichas que tenía mi padre dice “obra destruida”. Ambas. Habrá que imaginarse la “fiesta de colores”, como dice la hoja de una revista que mi papá archivó y que también está destruida y no sé cuál es.

En 1930, luego de la Bienal de Venecia, mi abuelo, mi abuela y mi tía migran para la Argentina. Ya nunca más volverá mi abuelo a Italia. ¿Por qué regresar a Argentina si estaba teniendo una carrera artística muy exitosa? Adelaida lo dice en una carta al Museo de Art Brut de Lausana, cuando donó los tapices que

hizo su tía Ofelia Valeiras: *Cuando cumplí tres años mi padre participaba otra vez en la Bienal de Venecia, donde ya había ganado el Primer Premio de Pintura, y entonces conoció a Mussolini, el cual lo elogió y pidió su adhesión. Mi padre y mi madre volvieron inmediatamente a Buenos Aires.*

Esa señora con su bebé había sido elogiada por el público de Venecia. Y por Mussolini. Yo me lo imagino caminando con botas altas, tipo de montar, rodeado de fotógrafos, de periodistas y todo tipo de fascistas. Una escena que no sé si corresponde a Mussolini o más bien a Hitler o a Chaplin. Por más que busco, es una de las pocas cosas que no existen en internet. No me imagino una conversación, una respuesta por parte de mi abuelo. Lo quiero imaginar callado, agradeciendo pasivamente a la espera de que se vaya de ahí. La respuesta vino pocos meses después, cuando logró organizar la salida de Italia, empacar decenas de cuadros y migrar al que sería su país definitivo. Una decisión se toma rápido, pero organizarla no.

Lo decidió ahí mismo, durante ese silencio incómodo, esperando no salir en ninguna fotografía que pudiera circular por internet casi un siglo después.





**Maternidad rural**

Óleo

1930



## Dos gacelas del 47

Laura vivió su exilio en un departamento frente al departamento del exilio de Falbo. Ambos eran porteños y estaban en Roma.

*¿Cómo no te acordás cuando vino a casa con su perrita?* Me repite mi hermana y no lo recuerdo. Debe haber sido antes del golpe del 76, antes de mis ocho años. No lo recuerdo.

Falbo no tenía familia y cuando murió, fueron Laura y su mamá las que tuvieron que desarmar el departamento. Algunas de sus cosas están en la Bi-

biblioteca Nacional, en el Fondo Falbo. Entre esas cosas, una carta que Adelaida le escribió (una de tantas cartas que le escribió) y una de las que Laura eligió para la exposición Cartas de la Dictadura.

Me enteré tarde de la exposición, a través de internet y de un archivo a modo de catálogo. Son tres las cartas de Adelaida que están acompañadas por una foto de Falbo y su perrita. En la del 79 dice que recibió carta de Falbo justo antes de suicidarse. Es imposible saber si es verdad, una mentira o una exageración. ¿Por qué le mentiría así a un amigo distante que se comunica por correo y no puede hacer nada? Habrá que creer. El exilio no es fácil. Mucho menos cuando se sale de su país sin opción, sola, de un día para el otro, sin nada.

*Tengo un cuadro de tu abuelo en la baulera. Me dijo Laura. ¿Lo querés?*

Son dos gacelas, madre e hija en un bosque amarillo y verde. No tiene título y yo le pongo, como referencia, “dos gacelas”. Está catalogado de cuando Adelaida y mi papá hicieron la división de obras. Le

tocó a ella. Ya eran muchas las obras para llevarse a Italia y se la regaló a Laura o a Julia, la mamá de Laura. Una balanza entre alivianar peso y agradecimiento a la amistad que sólo Adelaida sabría hacia dónde se inclinaba.





**Sin título**  
Técnica mixta  
1947



# Rodolfo

En el 2000 me fui a vivir fuera de Buenos Aires. Fue una decisión de pareja pero que implicó mucho más que alejarnos de la gran ciudad.

Sin haberlo pensado, nuestra decisión repercutió en que nuestros padres comenzaron a viajar a Esquel en forma periódica.

Para hacer las visitas más placenteras, mis papás fueron inventando paradas o viajes distintos. No re-

cuerto que hayan venido en auto, como lo hicieron varias veces mis suegros. Pero sí, muchas veces alquilaron auto en Bariloche.

Así, pasaron por Cholila, se desviaron a Villa la Angostura, se quedaron en Bariloche.

En uno de esos viajes, antes de devolver el auto, decidieron visitar el museo paleontológico de Villa Los Coihues “Dr. Rosendo Pascual”, a orillas del lago Gutiérrez. Las rocas y los fósiles siempre fueron de interés para mi papá. Eran otra de sus colecciones: estampillas, monedas, programas de cines.... fósiles y rocas. No era experto pero sí muy leído y conocedor.

Cuando fue al museo no había público. Por eso Rodolfo lo atendió personalmente y conversaron. Mi papá a veces era seco y otras veces hacía chistes que podían rondar el desprecio. Pero no creo que fuera un desprecio real, sino más bien un chiste mal contado, mal elegido, en momento inapropiado. Como cuando viajábamos de Buenos Aires a la cordillera de Neuquén para acampar, en el 79 y nos detuvimos en el Ranch Hotel. En Piedra del Aguila no había mucho

para hacer, pero alguien había elegido un mal negocio y armó un hermoso hotel en medio de esa estepa. Quizás iban los ingenieros y sus familias durante la construcción de las represas. O turistas como nosotros haciendo parada en la ruta. Había una pileta de agua verde en la que Nicolás se animó a zambullirse pero yo no. Y también se podían hacer cabalgatas. Un paisano nos acompañó y se sorprendió de lo bien que montaba a caballo Isabel, por ese entonces de unos 12 años. Era para sorprenderse. *¿Dónde aprendió a montar tan bien?* Le preguntó el paisano a mi papá. *En la calesita*, le respondió.

*¿A qué no sabe qué es esto?* Preguntó Rodolfo, desafiando a mi papá. Sabiendo o jugando le contestó: *caca de dinosaurio*. Rodolfo se entretenía haciendo esta pregunta y sorprendía a los visitantes que nunca pudieron acertar y se maravillaban con la respuesta. Mi papá fue el primero. *Rodolfo*, le dijo presentándose, interesado en profundizar la charla. Distante quizás, mi papá solo dijo *Gigli*. Podría haber dicho solo Lorenzo, como hizo Rodolfo, pero dijo *Gigli*. *¡Yo también soy Gigli!* Contestó Rodolfo.

No hacía falta, pero en la oficina de Rodolfo había una demostración de la relación familiar. Colgado frente a su escritorio, para verlo todos los días, quizás mientras escuchaba cantar a Beniamino, estaba el grabado hecho por mi abuelo en 1923 Amor y Muerte, inspirado en uno de los cantos de Giacomo Leopardi. Una punta seca que mi padre había elegido para la muestra que organizó en 1987 en el Museo Eduardo Sívori, por aquel entonces en un piso del Centro Cultural General San Martín de Buenos Aires y que hoy forma parte de su colección.



**Amore e morte**

Punta seca

1923



# Rosa Galisteo

Viajé varias veces en tren desde Buenos Aires a Bariloche. Nunca lo hice a Esquel, que combinando en Jacobacci con “El trochita” y sumando unas cuántas horas más, se podía hacer hasta que “Menem lo hizo”.

Ahora se puede viajar en avión, si no vamos todos y si se saca con tiempo el pasaje. De familia somos cuatro y muchas veces el auto resulta más económico, aunque tengamos que manejar dos días, co-

mer y dormir en la ruta. Pero si queremos ir a otro lado que no sea Buenos Aires, casi que no hay otra opción.

Decidimos ir a las Cataratas del Iguazú. Por supuesto que en invierno. No podríamos soportar el calor del verano. Son casi 3.000 kilómetros. Hicimos escala en Bariloche, luego en Villa Mercedes, San Luis. Fue un tirón largo, pero la siguiente escala la había pedido yo: el Rosa Galisteo, el Museo de Bellas Artes de Santa Fe.

Llegamos a Santa Fe un domingo y lo primero que hicimos fue ir al museo, porque iba a cerrar y los lunes no abre. Pero el domingo, trabajan sólo los que atienden a las visitas. No podía hablar con nadie que me contara sobre el cuadro *Segadores*, que sabía que estaba en el museo.

Decidimos visitarlo aunque no nos atendieran, esperando ver el cuadro colgado. En realidad me estaba mandando una “porteñada”: estaba confundiendo el museo de Santa Fe con el de Corrientes, el Museo Vi-

dal. Ambos museos tienen un cuadro de segadores. Pero el que lo tenía colgado, el que yo sabía y del que había visto imágenes, era el otro.

En el Rosa había mucha gente. Estaba lindo. Chicos dibujando en una sala grande en planta baja. Otra sala al costado. Y una escalera de piedra. No recuerdo si de mármol. En planta baja no estaba el cuadro. En el primer piso, había impresiones de publicaciones digitales. En una se mencionaba la exposición *Mujeres pioneras en el salón de mayo*, donde habían expuesto en 2015 un grabado de mi abuela. Poco más allá, el museo seguía con una sala llena de cabezas y otra de grandes cuadros. No se veían los segadores. Al final de la sala rectangular, con cuadros en ambos lados, en dos filas, arriba, en lo que se podría considerar el último de los cuadros del museo, antes de chocar contra la pared y contra el techo, había una señora sentada, con las dos manos en el regazo, vestida de marrón y con el pelo tapado, sentada en un banco de madera, en el campo, con un par de hombres trabajando en el fondo. En el marco, una chapita dice “Maternidad – Lorenzo Gigli – 1927”.

No parece una maternidad, no hay un bebé. Pero es mi abuela. Miro obras del mismo año, y la cara es la misma, los gestos son los mismos. No hay un bebé, pero mi abuela está embarazada. No se le nota, pero en junio nacerá Adelaida.

El lunes nos recibe Gabriela. Yo sigo con mi portañada e insisto que vi imágenes del museo con los segadores colgado. *Está algo dañada, está en restauración, desde hace años que no se cuelga.* Me dice y no logro darme cuenta de mi error.



**Maternidad**

Óleo

1927



# El Astronauta

Para 1975 el garage de Acassuso ya había sido demolido. Era un garage con una habitación arriba que se subía por una escalera exterior. Yo diría que no tengo recuerdos. Sólo unas pocas fotos. Matías tenía su batería, o por lo menos hubiera sido un lugar genial para que la tuviera.

Lo demolieron como parte de la reconstrucción de toda la casa. Y en su lugar hicieron una pileta. Fue otro lugar genial.

Al lado del garage, y al lado de la pileta, estaba el astronauta. O mejor dicho estaba *El Astronauta*. Una escultura en cemento que hizo Lorenzo en 1970.

En una revista Gente de 1973, publicaron una nota y la encabezaron con una gran fotografía de Lorenzo junto al astronauta. El brazo del artista está colocado estratégicamente para evitar la censura de una escultura que muestra a un hombre desnudo. Ya en esa época estaba en Acassuso.

En los veranos, la pileta era un centro de reunión de amigos y de familiares. Y el astronauta pasaba a formar parte de la reunión. Sobre todo desde su nueva versión utilitaria: era el soporte de las toallas y la ropa.

*Me jacto de no haber buscado nunca referencias con nadie. Menos que menos con los que hacen obras con mensaje social, para las masas. El arte es para los que tienen un buen pasar. Es decir, una cómoda casa, una abundante comida. Hijos que no necesitan vender a escondidas golosinas en los trenes.*

*El error de muchos es pretender enmendar fallas sociales. El arte no enmienda nada. Ni siquiera es necesario. Sobre todo es superfluo.*

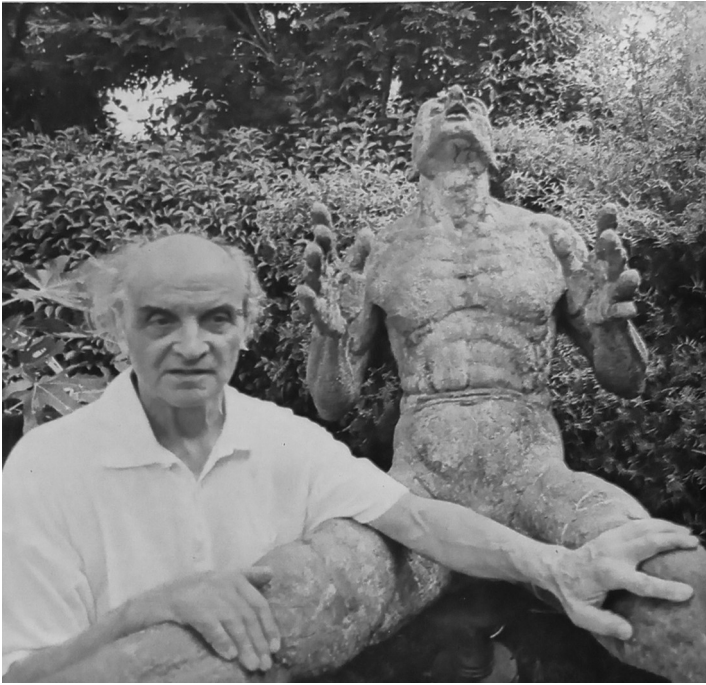
*Mis obras son cerca de seiscientas y están en un ochenta por ciento en esta casa. Yo tengo un poco más en el catálogo. ¿Cuántas habrá hecho en los diez años que le restaban de vida? Es una buena aproximación la que hizo, o la que tengo yo. A mí me gustaría que haya más museos con obras de él. Sólo tengo certeza de 18, pero hay más.*

Mariana, cuando le pregunté si le horrorizaba, a ella o a otros amigos, la escultura que Gente censuró, me dijo: *Para mí era suprema, si cuento la historia de cuando íbamos a tu casa con la toalla rodeando el cuello y las ojotas, empiezo por la escultura.*

En mi casa, no en la de mi abuelo, había muchas de sus obras. Y ninguno de nosotros tuvo que vender golosinas en el tren.

Una vez, como nos pasa a las personas de carne, el astronauta de cemento se lastimó el tobillo. Se le cayó el tobillo derecho. Mi abuelo lo arregló sin enojarse, comprendiendo que además de ser superfluo, el arte tiene algo de efímero, aunque dure decenas de años. Lo arregló con poxipol (le encantaba el poxipol) y una venda.

Cuando vendimos la casa de Acassuso, el comprador no dijo nada pero se hizo una idea esperando que se concrete. En una conversación posterior a recibir la casa le dijo a mi mamá que pensaba que íbamos a dejarle al astronauta. Matías pudo llevar a varios forzudos y la sacó. Y pudo volver a estar expuesta en una nueva muestra en el Sívori, a la vista de muchos como corresponde, para tratar que no sea sólo un arte para los de buen pasar.



**El Astronauta**

Cemento

1970

Foto: Eduardo Klenk



# Güemes

En 1994, con un grupo de amigos, hicimos el Camino del Inca. Eran tiempos donde no había que hacer una reserva para la entrada, donde no era necesario contratar un porteador. Uno llegaba y entraba. No recuerdo con cuánta anticipación compré el pasaje de tren de Retiro a Tucumán. Pero los micros no se podían comprar desde Buenos Aires, o por lo menos yo no lo hice. Aunque todos salimos del mismo lugar, yo salí último y habíamos arreglado de encontrarnos en la plaza de Salta. Tren a Tucumán, micro a Salta. Nos encontramos sin problema.

En ese momento no recordaba que el hotel Salta, en la plaza, lo había diseñado mi otro abuelo, José Aslan. Y si hubiera sabido, no hubiera podido pagar una habitación.

Tampoco sabía que entrando al Museo Casa de Hernández, a dos cuadras de la plaza, me iba a encontrar con el cuadro más famoso de mi abuelo. Por ese entonces, mi visión porteña de Argentina me impedía pensar que pudiera haber una obra tan importante tan lejos de la capital. Pero por algún motivo entré. *Es el aura; es que sos escorpio; es tu abuelo que te llama*; hubiera dicho alguien. Entré con Emilio y fue una sorpresa. Por supuesto que lo conocía. El Güemes es el único cuadro de Lorenzo que se volvió estampilla. En 1971. Estuvo varios años pintándolo en el regimiento de Granaderos, en Palermo. No tenía un taller lo suficientemente grande para ese cuadro. Ni era lo suficientemente grande para que Güemes lleve su típico guardamonte que sí usan sus infernales. Fue una decisión muy estudiada. ¿Cómo privilegiar al hombre frente a su atuendo, a su montura?

La galería del Museo Casa de Hernández es del tamaño justo para que entre el cuadro, de cuatro metros por tres y medio. No sé cómo lo entraron, pero hay algunas cartas que van relatando el viaje en camión desde Buenos Aires.

También retrató a San Martín y a Colón. Pero la única estampilla es de Güemes.

Emilio es el que me ayudó en la programación inicial de la base de datos. Y mi asesor informático permanente. Qué datos tener y qué mostrar, lo decidí junto a mi papá, es decir, junto al trabajo que hizo él durante años: sus fichas de catalogación y sus libros/catálogos. Y sobre todo, el juntar todo recorte de diario, catálogo y demás que mencionaban a su padre. El tiempo y la plata que destinó mi papá es imposible de calcular. Todo para tratar de romper con eso que dijo Osiris Chiérico en Correo de la Tarde sobre Lorenzo: *mencionado al pasar, cuando no silenciada su presencia*. Lo hace en una nota elogiando la muestra de 1964 en Witcomb, ilustrada con el óleo

Trabajar la tierra, una campesina cansada que también la representó en lápiz y en una escultura en cemento.



**Güemes**

Óleo

1946



# Jardines del Rosedal

*Es muy lindo*, me dijo Ladislao al volver de buscarlo. Raúl me había mandado una foto para que pudiera reconocerlo, como un sutil pedido de que Ladislao haga lo mismo y así él poder reconocer que el que se iba a llevar el cuadro era realmente el bisnieto del pintor.

Canoso, de anteojos, un poco de barba blanca y un suéter fino de color gris. Cuando recibí la foto supe que tenía que hacer lo mismo aunque yo no iría y por eso no tenía que reconocirme. Canoso, de anteojos, un poco de barba blanca y un suéter fino de

color gris. *Somos medio parientes, parece.* Me contestó sin equivocarse Raúl. No lo somos pero parecíamos.

Con Raúl nos une el haber heredado una obra de mi abuelo. Pero él ya no tiene dónde colgarla y por más que estuvo intentando durante cinco años, no pudo encontrar otra alternativa que regalármela.

*Jardines magníficos* es parte de la serie de cuadros pintados en el Rosedal de Palermo. El Museo Ralli de Punta del Este tiene dos. Y el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires y el Rosa Galisteo de Santa Fe también tienen uno en sus colecciones. Estos paisajes, por más que son magníficos, tanto en los cuadros como en la realidad, no lograron superar, a mi forma de ver, los paisajes rurales de Recanati.

El papá de Raúl y Alicia había recibido el cuadro como un regalo de su hermano para estar colgado en la casa o en la ferretería familiar, allá por la década de 1940. Me cuesta imaginar que hoy, una obra de arte sea un regalo entre hermanos.



**Jardines Magníficos**

Óleo  
1945



# El Viento

Periódicamente hago búsquedas por internet para encontrar nuevos cuadros. Nuevos, por supuesto, es un decir. Cuadros que no tengo en la base de datos. *¿Cómo sabés si ya lo tenés o no?*, me preguntó una vez Nicolás. Y no tengo, lamentablemente, ninguna inteligencia artificial que me ayude. Por eso las miniaturas de las obras todas juntas, para poder ir viéndolas y revisando. Voy y vengo desde hace años mirando las mismas miniaturas. Y de vez en cuando encuentro alguna que parece estar repetida, como las figuritas en la escuela.

Mi papá, antes de internet, se enteraba de las subastas y cuando aparecía un cuadro, iba. Compró muchos así, sobre todo en el Banco Ciudad. Una vez me mandó a mí. Quedamos pujando dos personas. Supongo que el dueño del momento y yo, aunque sea una práctica prohibida. No compraba todo, sino aquellos cuadros que consideraba que estaban por debajo del valor. Era una forma de subir el valor de los cuadros. No es que los quería tener, sino que quería que el valor de los cuadros en subasta sea mayor. Y si terminaba ganando/perdiendo, los compraba.

Yo prefiero que circulen. Por supuesto que quiero que vuelvan a tener el valor que alguna vez tuvieron. Que se reconozca a mi abuelo. Pero lo hago de otra manera.

Una vez apareció *El Viento*. Lo vendía un anticuario de San Isidro. Muy lindo y desconocido. Ningún diario, revista, catálogo que guardó mi papá lo mencionaba. Es el único donde hay nieve, o un suelo que parece lleno de nieve. Pedía 1.500 dólares. Muy fuera de mi alcance. Le mandé a Antonio, para que lo viera

y opinara. Antonio, desde Italia, le hizo una oferta al vendedor, bastante por debajo de lo que pedía. Y aceptó.

La pareja de ancianos con un bebé, caminando en el invierno contra el viento encontró el abrigo de una casa que lo cuidará después de casi un siglo de haber sido pintado. Y volvió a Recanati.





**Il vento**  
Óleo  
1928



# Lorenzos

Leyendo a Eduardo Halfon encuentro que dice “*Si yo creyera en la inspiración, te diría que, según los antiguos rabinos y cabalistas, los padres de un niño reciben una chispa de inspiración en el momento de nombrar a su hijo. Pero la inspiración no existe*”. Mi abuelo dijo que la inspiración no existe. Y a su hijo le puso su mismo nombre.

Lorenzo Gigli tuvo dos hijos. Adelaida y Lorenzo Aleandro Luis. Lorenzo Ismael, Lorencito, es el hijo de Adelaida. Lorenzo también es el hijo de Inés, la hija de Mini, también hija de Adelaida. Cuatro Lorenzos en cinco generaciones.

De mi primo Lorenzo Ismael no tengo más que un recuerdo confuso. A él o a Matías le pica el pie un cangrejo estando en alguna playa uruguaya del río de la Plata, cerca de Colonia. Matías o él lleva en brazos a su primo fuera del agua. Yo, más cerca de la orilla, veo la escena de uno de ellos caminando con el otro en brazos hacia mí.

Podría tener más recuerdos porque a Lorencito lo desaparece la dictadura en 1980. Pero entre que estuvo preso y exiliado, es el único recuerdo que tengo.

Nunca conté cuántas veces mi abuelo pintó a su mamá. Tampoco cuántas veces pintó a su esposa. No sé cuántas veces pintó a Adelaida ni a mi papá. A todos ellos los pintó muchas veces.

Adelaida, comenta Adrián en su libro, no podía distinguir entre recuerdos reales y los creados a partir de los cuadros de su padre.

Yo no tengo ningún cuadro, ni conozco, que él me haya pintado a mí. Sí tengo y conozco dos dibujos de mi abuela. Ella sí dibujó a sus nietos. Pero mi abuelo no. O casi.

Me sorprendió encontrar a la venta el cuadro *Niño flor*. Es Lorencito de bebé, pintado en 1955, el mismo año en que nació. Lorencito es el segundo nieto, después de Mini.

Mini, Lorencito, Matías, Nicolás, Isabel y yo.

A Mini también la pintó. La pintó junto a él, sosteniendo una gran flor. Creo que es uno de esos cuadros que veía en su casa de San Fernando durante mi infancia. Tengo el recuerdo pero no lo volví a ver hasta que Georgina me mandó una foto del diario La Prensa del 23 de junio de 1974. Lo recuerdo pero no lo recuerdo.

En esa casa de San Fernando había un teléfono negro de malaquita que hacía clo clo clo al girar el disco, tantos clocs como número marcado. Era un teléfono de los comunes, de los que ponía la empresa de teléfonos. Sonaba muy fuerte y venía bien porque la casa era grande. Aunque más que grande era larga.

Clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo.  
Clo, clo, clo, clo.  
Clo, clo, clo, clo.  
Co, clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo.  
Clo, clo.  
Clo, clo, clo, clo, clo.  
Clo, clo, clo, clo, clo, clo.

Un matrimonio de suizos marcó el número desde otro teléfono negro de malaquita y contestó mi abuelo. Tenían a Inés. Mini, antes de que la detengan y la hagan desaparecer, dejó a Inés con unos extraños que paseaban por el zoológico y que supieron llamar al número de la chapita que la beba tenía colgada.

Clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo.  
Clo, clo, clo, clo.  
Clo, clo, clo, clo.  
Co, clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo, clo.  
Clo, clo.  
Clo, clo, clo, clo, clo.  
Clo, clo, clo, clo, clo, clo.

Lorenzo volvió a contestar el teléfono. O soñó que lo contestaba. O divagó que lo contestaba. *Abue-*

*lo, ¿la nena está bien?* La voz de Mini sonó en el tubo. Poco después, Lorenzo tiene un derrame cerebral, entra en coma y al poco tiempo muere.





**El pintor y su nieta**

Oleo

1957



# Tío Toro

Para mis primos, que no son mis primos, Gregorio y María, mi abuelo siempre fue *Tío Toro*. Lo de tío era lógico, porque Lorenzo era el tío abuelo. *¿Por qué lo llaman Tío Toro?*, les pregunté una vez. *Porque tiene la casa llena de toros*, fue la respuesta lógica.

Cuando Lorenzo empezó a hacer esculturas, hizo hombres de manos grandes, como *Einstein*, *El Astronauta* y *Primeros días sobre la tierra*. Y también hizo muchos toros. Muchos de los toros estaban en el pasillo exterior, el que hacía que la casa sea una verdadera casa chorizo. Uno de esos toros, que no es toro

sino bisonte, siempre tuvo una maderita sosteniéndolo. Tiene sus dos patas delanteras en el aire. Si la estructura interna de hierro no se había fatigado para cuando lo conocí, lo haría en cualquier momento.

El pasillo estaba junto al patio de las baldosas. Era un patio lleno de baldosas pequeñas con distintos motivos. Nosotros jugábamos a pisar sólo aquellas del dibujo que habíamos elegido. A veces había que pegar saltos grandes. Era el patio de los toros y de Pancrasio, el sapo. A Pancrasio tampoco lo pintó el abuelo, a pesar de haber pintado o modelado muchos animales. Hoy, no puedo decir si existió de verdad o no. Pero durante mucho tiempo, cuando llegaba a la casa, lo primero que hacía era buscarlo en la rejilla que estaba frente a *Einstein* y de ahí, a la del patio de las baldosas. Ambas rejillas estaban conectadas, eran parte del mismo caño de desagote pluvial. Era una época en que se festejaba que hubiera un sapo en el patio. Hoy seguramente se intentaría exterminarlo buscando que sólo personas, perros y gatos habiten la casa.

Un toro (*Virilidad*) está en el decanato de la actual Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, donde Lorenzo fue profesor de Dibujo desde que regresó de Italia.





**Bisonte**  
Cemento  
1970



# Efímero

Una escultura en hielo dura un día o a lo mucho un invierno. Las obras de Lorenzo están empezando a cumplir cien años. Más que lo que él vivió. Pero no son eternas. Son, en un sentido amplio, efímeras.

Muchos de los cuadros y esculturas están muy bien conservados. Pero algunos no. Como el que tenían mis padres en su cuarto, un hombre y una mujer recostados en un árbol, en lo que llamaríamos una quinta. Atrás una escalera y una mujer subiendo a juntar frutas con su canasto en el brazo. El tiempo hizo que el óleo se craquele. Pero por algún motivo, quizás porque es una muy linda escena, Lorenzo hizo

otro cuadro igual, aunque más cuadrado: *Escena rural* de 1957. Las imágenes de los hombres y mujeres de campo recostados en un árbol se repiten. No son como el *Fiacca*, borrachos con su jarra de vino, son campesinos que terminan el día, agotados de la tarea realizada.

Mi base de datos también es efímera. Todos los meses le pago a una empresa que sólo yo se cuál es. Y que no tiene ningún vínculo más allá de lo económico con mi abuelo y sus obras. El mes que deje de pagar, por lo efímero que es una tarjeta de crédito, o la economía que hasta ahora me permite pagarles o yo mismo, mi trabajo dejará de estar disponible. Y al mes siguiente, seguramente borrarán los bits que recuerdan su ardua labor.

Todo es efímero. Lo que menos efímero es, a mi entender, es el papel, el libro. Hacer cientos de libros y distribuirlos por distintos lugares. Si se pierde uno, habrá otro. Libros en bibliotecas públicas y privadas. Libros en las bibliotecas de los museos.

Sé que mi base de datos desaparecerá y con ella mi trabajo. Este libro intenta sumarse a los otros libros sobre Lorenzo Gigli, a los catálogos que hizo mi papá y a las tesis que hicieron en Italia. Es parte de la lucha por llegar a que una generación más conozca a un artista.





**Escena rural**

Óleo

1957



## Falso (yapa)

Su rostro deja claro que es una chica, casi una niña. Mira directo. No está cansada de posar, no está alegre de hacerlo. No está triste. Sería, quizás presente que no será reconocida. O que sí.

*Ritratto di Fanciulla* no es un Gigli. Fue publicado dos veces como Gigli. Una en un catálogo de una exposición, es decir que además, fue expuesta. En ambas publicaciones la ubicación de la reproducción muestra que se valora mucho la obra. No es una falsificación.

No sé y no quiero autenticar obras, aunque incluir una en la base de datos es parte de un proceso de autenticación. No sé por qué alguien quisiera falsificar un Gigli, aunque sé que existen falsificaciones, seguramente de otras épocas en donde el valor que tenían los óleos era otro. He visto obras que me hicieron dudar a pesar de tener un estilo muy Gigli. Otras que me hicieron dudar por tener un estilo que nada coincide con el de mi abuelo. Las vi publicadas en casas de remates ofreciéndolas como Lorenzo Gigli original. Mi papá vio una en un libro y un catálogo.

Un paisaje costero, con una empalizada de troncos, altos y bajos, dos árboles que pueden ser sauces esqueléticos. El cielo gris plomizo. Un lindo cuadro. Pero no parece un Gigli. La firma, borrosa, puede ser que diga Gigli. Las consultas que hice a la casa subastadora no lograron despejar las dudas.

Un dibujo a lápiz. Una firma con una G parecida a la de Gigli, pero que no dice Gigli. Se parece a la fir-

ma que hacía Lorenzo en los dibujos de los estudiantes de arquitectura, queriendo decir “lo vi”. Es el dibujo de un alumno, no es un Gigli.

*Ritratto di Fanciulla* tiene mérito propio, no necesita hacerse pasar por la obra de otro para tener un valor artístico. Y no lo hace. La firma dice M T Valeiras Gigli. *Fanciulla* no es falso. Mi padre se dio cuenta. Fue erróneamente atribuido a Gigli, pero lo hizo mi abuela.

*Fanciulla* me llevó a continuar mi trabajo con María Teresa Valeiras (sin el “de Gigli” que imponía la época). Participó en por lo menos 36 muestras colectivas e individuales entre 1911, cuando tenía sólo 15 años, hasta 1965. El tener que dedicarse a la crianza de hijos y nietos no hizo que dejara de dibujar y participar en salones nacionales, de Tandil, La Plata, Bahía Blanca, Mar del Plata, Rosario y otros y en ellos ganar distintos premios.





**Ritratto di Fanciulla**  
Óleo  
Maria Teresa Valeiras  
1926



# Museos

- 2Museos.** Bahía Blanca, Buenos Aires. (2 obras)
- Comuna de Recanati.** Italia. (17 obras)
- Museo Caraffa.** Córdoba, Córdoba. (1 obra)
- Museo Casa de Yrurtia.** Buenos Aires. (1 obra)
- Museo Casa-Taller Jorge Hugo Román.** Salta, Salta. (2 obras)
- Museo Castagnino-Macro.** Rosario, Santa Fe. (1 obra)
- Museo de Bellas Artes de La Boca Quinquela Martín.**  
Buenos Aires. (1 obra)
- Museo de Bellas Artes Dr. Juan R. Vidal.** Corrientes,  
Corrientes. (1 obra)
- Museo de Bellas Artes Laureano Brizuela.** Catamarca,  
Catamarca. (1 obra)

- Museo de la Ciudad Casa de Hernández.** Salta, Salta.  
(1 obra)
- Museo Histórico Sarmiento.** Buenos Aires. (1 obra)
- Museo Municipal de Bellas Artes Tandil.** Tandil, Buenos Aires. (1 obra)
- Museo Nacional de Bellas Artes.** Buenos Aires. (12 obras)
- Museo Provincial de Bellas Artes Dr. Pedro Martínez.** Paraná, Entre Ríos. (1 obra)
- Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Pettoruti.** La Plata, Buenos Aires. (4 obras)
- Museo Provincial de San Juan Franklin Rawson.** San Juan. (1 obra)
- Museo Provincial Rosa Galisteo de Rodríguez.** Santa Fe, Santa Fe. (4 obras)
- Museo Sívori.** Buenos Aires. (9 obras)
- Pinacoteca Attilio Moroni.** Porto Recanati, Italia. (2 obras)
- Ralli Museums.** Punta del Este, Uruguay. (5 obras)



Lorenzo y Agustín Gigli en San Fernando. ~1970.



Lorenzo y Agustín Gigli. 1974. Foto: Maxine Lowy.

Mérida	11
Maternidad rural en Venecia	19
Dos gacelas del 47	27
Rodolfo	33
Rosa Galisteo	39
El Astronauta	45
Güemes	51
Jardines del Rosedal	57
El Viento	61
Lorenzos	67
Tío Toro	75
Efímero	81
Falso (yapa)	87
Museos	93





*Este libro va más allá de un catálogo o una biografía tradicional, ofreciendo un testimonio sincero e íntimo de la vida y obra del pintor Lorenzo Gigli mediante los ojos de su nieto. La obra es un reflejo directo del compromiso de Agustín Gigli por difundir el legado de su abuelo. Este esfuerzo ha implicado una constante búsqueda. A través de relatos breves y conmovedores, acompañados por las imágenes de las obras que los inspiraron, Agustín Gigli comparte anécdotas personales con el objetivo de acercar a Lorenzo Gigli a nuestro tiempo. Es una iniciativa valiosa que subraya cómo la dedicación familiar se convierte en el motor más constante para sostener la memoria de un artista. Los relatos, que van desde el contexto político de los años de Lorenzo hasta el reencuentro con obras dadas por perdidas o desconocidas, proporcionan una lectura humana de su producción. Este libro es una invitación a conocer la obra de Lorenzo Gigli, entendiendo que el afecto y la perseverancia son claves para que su arte siga circulando y siendo apreciado.*

*Georgina Gluzman*

ISBN: 978-631-01-2648-7



9 786310 126487